

EL NIÑO DISLÉXICO Y SU MADRE.

Raquel Gabay

A través de varios años de experiencia en el diagnóstico y la recuperación de niños con dificultad de aprendizaje en la lecto-escritura, me ha llamado poderosamente la atención la coincidencia de ésta dificultad con una forma de relación madre-hijo muy particular.

Esta relación se presenta dual, sin la intervención del Padre, el otro, que crea la alteridad. Es una relación en la que el niño queda atrapado en un vínculo estrecho con la madre, con escasa diferenciación de su yo respecto al yo materno, dificultando, así, el acceso A LA PALABRA PROPIA, A LA PALABRA QUE LO COMUNICA CON EL UNIVERSO CIRCUNDANTE.

Muchielli y Bourcier, en su obra “La Dislexia”, definen a la misma como: “la manifestación de UNA PERTURBACIÓN EN LA RELACIÓN YO-UNIVERSO , PERTURBACIÓN QUE HA INVADIDO SELECTIVAMENTE LOS CAMPOS DE LA EXPRESIÓN Y LA COMUNICACIÓN”.

Deseo citar aquí algunos casos que pueden ilustrar mi teoría.

María Noel, niña de 9 años 9 meses de edad, que cursaba 4to.año escolar, presentaba en el momento de la consulta, una lectura muy dificultada, lenta, silabeada, con confusión de letras. No distingue la A de la O ni la I de la U, además de confundir algunas consonantes entre sí. Frente a un dictado sencillo, su escritura es imposible de comprender, a consecuencia de dichas confusiones.

Puedo comprobar a través de las entrevistas y del diagnóstico, que Noel posee una relación oral y dual con su madre, relación en la que el padre no interviene como tercero. Inicio el tratamiento de ésta niña a través de dos vías: la recuperación pedagógica y la terapia de juego.

A través de la terapia, me es posible llevar a Noel a verbalizar, a PONER EN PALABRAS, sus contenidos internos inconscientes, especialmente aquellos que se refieren a la temática oral, íntimamente relacionada al vínculo dual con su madre. Puedo realizar entonces el corte de dicho vínculo, apareciendo yo, analista, como el tercero en la relación.

Tratada de ésta manera, en el corto tiempo de 2 meses Noel está en condiciones de leer y escribir correctamente.

Cómo podemos ver, en esta paciente, la perturbación de su relación con la madre. Al no aparecer el padre como el OTRO, que crea la alteridad, parte de su yo pertenece a la madre, no apareciendo el acceso a la PALABRA PROPIA, el acceso a la comunicación verbal, y por consiguiente, al lenguaje escrito, entendiendo aquí el lenguaje como COMUNICACIÓN.

Etimológicamente, comunicar proviene del latín “communicare”, “compartir”, tener comunicaciones con el otro.

Si el padre tercia en la relación, ésta comunicación puede darse, ya que con la identificación que supone la etapa edípica, el lenguaje y el afecto estarán al servicio de la comunicación con el otro.

a) El lenguaje pasará a ser entonces, la forma de expresión del afecto y también del pensamiento.

b) Digno es de destacar lo que su madre me cuenta en la entrevista de devolución. Me cuenta que la niña a veces se pone de mal humor y cuando la madre le pregunta qué le pasa, la niña contesta que tiene hambre y ella no le da de comer. Conducta esta propia del lactante: no verbaliza que tiene hambre, se pone de mal humor (equivalente al llanto del bebé) y espera pasivamente que su madre “conozca” en forma mágica su necesidad de alimento y le satisfaga.

Observamos entonces la magnitud de la dificultad de comunicación verbal de esta niña, dificultad que aparece en la gran mayoría de los disléxicos.

Deseo hacer referencia ahora a un caso que traté muy recientemente.

Claudio, niño de 8 años de edad, viene a consulta traído por sus padres, quienes me hacen saber que el niño hizo 3 veces 1er. Año y en el momento está haciendo 2do., pero no ha aprendido absolutamente nada, ni lee ni escribe al dictado, ni sabe copiar un texto sencillo.

Al indagar sobre las relaciones de Claudio con sus padres, el padre me dice que con él “no hay mucha comunicación”, mientras que significativamente la madre expresa: “Yo sé que lo consiento demasiado. Lo llamo BEBÉ”.

Madre que además de mantener a su hijo dependiente de ella, le transmite muy claramente que no quiere que crezca.

Este deseo de la madre, que su hijo siga permaneciendo como “bebé”, hace que el paciente trate de cumplir dicho deseo, en una negativa a crecer. Y aprender significa, por supuesto, CRECER, EN DEFINITIVA, separarse de la madre.

Otro caso que traté hace poco tiempo es el de Noemí, niña de 7 años 8 meses de edad cronológica (E.C.), que cursaba 1er. Año por segunda vez, sin haber logrado aprender a leer.

Su madre la trajo a consulta derivada por la maestra quien además de detectar este atraso, notaba en la niña ciertos momentos de depresión.

Sus padres estaban separados. Su padre era alcoholista. Cuando él iba a buscarla para llevarla a pasear, se negaba a salir con él, y le decía a la madre: “No quiero estar con papá, me da asco que sea borracho”.

En cambio, era muy apegada a su madre. Ésta me comentó que tenía en su cartera el chupete que hacía 5 meses había dejado Noemí. De inmediato, me comentó: “Ella es mi bebé”.

Aquí aparece con una claridad meridiana cómo se unen la regresión a la etapa oral y la relación dual con la madre, en una etapa preedípica.

Por eso, he pensado que ésta dificultad de aprendizaje, pasa por.

Una relación regresiva con la madre, que reviste la forma de dual y oral.

Una no-intervención de la figura paterna en esta relación.

Una negativa del niño a crecer, que va acompañada de la intención inconsciente de la madre de que su hijo no crezca, que no se separe de ella.

El no-acceso del niño a la palabra PROPIA, quedando entrampado en el discurso de la madre, de la cual se convierte en simplemente en portavoz.

Muchielli y Bourcier, en la obra arriba citada, hacen un seguimiento pormenorizado del proceso de “distanciación” con la madre.

Afirman que a los dos años...”El niño ha dejado de ser un bebé. Ha terminado la comunicación cenestésica con la madre”...y “la comunicación verbal se perfecciona por imitación”.

Es éste el tiempo de la intervención del PADRE, con quien entabla una relación nueva; la relación con el OTRO.

En su obra, “EL niño retardado y su madre”, Manud Manoni dice: “La función del analista es la de restituir al sujeto como un don, SU VERDAD. No se preocupen de dar una receta o de desear éxito. SU ROL ES EL DE PERMITIR QUE LA PALABRA SEA...”Esta afirmación me parece de singular importancia. Si la relación del niño con sus progenitores es tan enferma que le impide tal acceso a su propia palabra, es el campo del lenguaje donde debemos librar la batalla, es decir, en el campo del PSICOANALISIS, que nos permitirá separar al niño de esta relación confusionante con su madre, a veces con su padre.

El analista deberá asumir el papel del tercero, y establecer el corte necesario de la relación madre-hijo.

Ahora bien; esto no es fácil. Sabemos que cualquier familia que consulta porque uno de sus miembros presenta síntomas preocupantes, se enfrenta a una reestructuración de las relaciones a nivel familiar.

Por ello será imprescindible, además de atender al niño individualmente, tener frecuentes entrevistas con los padres que tiendan a favorecer sin mayores angustias, este “salto” a una relación familiar más sana.

No han sido pocos los padres que han interrumpido el tratamiento de sus hijos debido al miedo que les provoca dicho cambio.

Por eso me parece importante terminar este capítulo con las palabras de Mucchielli y Borcier: “La reeducación es una REESTRUCTURACIÓN DE LA RELACIÓN Y UNA RECONSTRUCCIÓN DEL NEXO DEL NIÑO CON LOS DEMÁS”.